

Capítulo LXXXIII.

Leales y traidores.

Desempeñaba las funciones de alcaide de la fortaleza Miguel Diaz, el esposo de la reina de Hayna, el descubridor de aquellas ricas minas, á quien en cierto modo se debía la fundacion del fuerte de Santo Domingo.

Feliz con el amor de Catalina, y agradecido á las mercedes que le habia otorgado Colon, era uno de sus más fieles servidores.

Habia tenido noticia de la llegada de Bobadilla, y tanto para defender la fortaleza, como para evitar á sus soldados enterarse del objeto de la llegada de aquel hombre, mandó cerrar las puertas y se negó á abrirlas cuando llamó á ellas el nuevo gobernador de la isla y le intimó la rendicion.

Miguel Diaz apareció en las almenas.

—No os reconozco para nada,—contestó á las intimaciones de Bobadilla.

Este dispuso entonces que se leyesen las reales cédulas, y una vez terminada la lectura, pidió la entrega de los presos.

—Tened la bondad de darme copia de esos despachos,—dijo Miguel Diaz,—y obraré entonces con arreglo á mi deber.

—La situacion es critica,—contestó el emisario de los reyes,—no hay tiempo que perder; los presos están sentenciados á muerte, podeis muy bien apresurar su castigo, yo no sé aún si son inocentes ó culpables, y necesito á toda costa que me los entregueis inmediatamente.

—Siento infinito no poder complaceros; pero sólo en vista de una orden del almirante puedo obedeceros.

—¿Eso quiere decir que deseais que emplee la fuerza?

—Lo sentiría en extremo,—contestó tranquilamente Miguel Diaz.

—Pues la emplearé si no acatais mis órdenes, y vos sereis responsable de lo que suceda,—replicó Bobadilla.

—Dadme una copia de los despachos: yo soy alcaide de la fortaleza en nombre del rey, por orden del almirante, que ha ganado estas islas y territorios, y sólo á él debo obediencia.

—¿Con que os negais?

—Me niego.

—Bien está; pero si se derrama sangre la culpa será vuestra.

Partió con los suyos, y á muy corta distancia los preguntó si contaba con su apoyo para desalojar la fortaleza.

No hubo uno que no le prometiese su concurso.

—Como conviene evitar la efusion de sangre,—añadió Bobadilla,—sólo en caso de que se resistan haremos uso de las armas.

Esta última medida acabó de captarse las simpatías de todos.

Como si se tratara de tomar una gran fortaleza, llegó armado de escalas al pié de aquel insignificante fuerte, que no tenia más objeto que resistir el empuje de los indios, gente desnuda, sin pericia, sin armas.

La puerta, cerrada con débiles cerrojos, cayó en seguida á los golpes de los parciales del nuevo gobernador.

Pero no por eso dejaron de lucirse los que llevaban escalas.

Arrojándolas á las almenas, subieron por ellas y penetraron por distintos lados y á un mismo tiempo en la fortaleza.

Ninguna resistencia opusieron Miguel Diaz y don Diego de Albarado, únicos que se presentaron á los agresores.

Llevaban la espada desnuda; pero no hacian uso de ella.

Bobadilla dispuso su arresto, y penetrando en el

calabozo donde estaban los prisioneros, los entregó al cuidado del alguacil Juan de Espinosa.

Este fué el primer acto del pacífico investigador que habian enviado los reyes á la Española para que calmase las pasiones, restableciese la justicia y enmendase los involuntarios errores del almirante, tratando á este y á los que estaban á sus órdenes con las mayores consideraciones.

No podia haber abusado más de lo que lo hizo de la confianza que habian depositado en él los soberanos.

Arrojada la máscara, no podia ser más de lo que fué.

La tea de la discordia encendió de nuevo las mezquinas pasiones en los otros parciales que la energía de Colon acababa de sofocar.

Pero no fué esto solo.

Dejó el papel de investigador por el de desfacedor de agravios.

Se apoderó de la morada del almirante, secuestró sus armas, sus joyas, sus libros, sus caballos, sus escritos, hasta lo más secretos; pagó con esta confiscacion á los acreedores del almirante, y hollando todos los derechos, y deseando que rodease á aquellos crímenes el aura popular, al dia siguiente de su fácil triunfo en el fuerte de Santo Domingo, anunció que concedia licencia á todos los colonos para que buscasen oro y lo aprovecharan durante veinte años, sin dar al gobierno más que la undécima parte en vez de la tercera que hasta entonces les habia exigido el almirante.

En cuanto á Colon:

—Pronto, muy pronto,—dijo á los que le seguían,—le vereis volver á España cargado de cadenas, y yo os prometo que ni él, ni algun otro de su estirpe, podrá jamás gobernar la isla.

El almirante ha cometido grandes errores, grandes faltas, y ha llegado por fin para él la hora de la expiacion.

La Providencia tiene secretos inescrutables.

¿Cómo era posible que acabase de aquel modo el hombre glorioso, á quien sólo su amor á la ciencia y á la humanidad habian impulsado á arrancar al Océano sus más peligrosos secretos?

Capítulo LXXXIV.

Donde se vé cómo sufren las adversidades los hombres de gran corazon.

Mientras que los sucesos que acabamos de referir ocurrían en la isla de Santo Domingo, Roldan por una parte, y el adelantado por otra, perseguían á los rebeldes en el departamento de Xaragua, en tanto que Colon permanecía en la pequeña colonia que en Bonaó habian fundado los españoles, á quienes se les habian repartido tierras en aquella comarca.

Era al anochecer.

Los últimos rayos del sol, que caminaba á sepultarse en las aguas del Occidente, imprimian al horizonte un aspecto melancólico.